

# Palabra hablada, palabra tejida, palabra hecha gesto: otros soportes en las bibliotecas

Edgardo Civallero

Conferencia presentada en la I Bienal de la Cultura Escrita BiblioRed 2024. Organizada por BiblioRed. Bogotá, Colombia. 25.sep.2024.

## Resumen

En un mundo en el que el libro ha sido tradicionalmente considerado como el soporte hegemónico del conocimiento y la memoria, resulta urgente cuestionar, descolonizar y abrir las puertas a otras formas de transmitir y preservar saberes y recuerdos. Esta conferencia explora la oralidad, los documentos gráficos y visuales, los artefactos tridimensionales y los gestos y discursos corporales como soportes legítimos de conocimiento en bibliotecas (y otros espacios similares), desafiando los modelos establecidos, revelando las voces y narrativas marginadas por el colonialismo cultural, y presentándolos como posibles herramientas de resistencia colectiva e identitaria. El objetivo de la charla es invitar a pensar en la biblioteca (y el archivo, y el museo...) como en un espacio donde se maneja no solo palabra escrita o impresa, sino también sonidos, artefactos, corporalidades y otros formatos (im)posibles e (im)probables. Una biblioteca que se transforma en un acto de rebeldía o en una pequeña trinchera, donde el gesto, el canto, el cuento, la arcilla, el tejido o el grafiti recuperan su valor como herramientas de memoria, y donde la descolonización no es solo un discurso, sino una práctica activa.

## Introducción

### ***Cuestionando el libro como soporte hegemónico***

¿Por qué el libro es considerado el soporte preferente —e incluso legítimo— para preservar el conocimiento y la memoria?

Este interrogante nos invita a reflexionar sobre cómo la historia del libro puede ser entendida, a su vez, como una historia de colonialismo y exclusión. A lo largo del tiempo, y por causas que tienen que ver con el elitismo, el manejo de destrezas de lecto-escritura, los intereses de los poderes hegemónicos de turno, el control del discurso y

del relato (y de una información y una memoria que siempre fueron poder), las políticas de producción y difusión de saber, y los procesos (muchas veces nacionalistas) de educación, socialización y aculturación, el libro se ha visto impuesto y mostrado como el objeto dominante / preferente en la transmisión del conocimiento (y la lectura, como el proceso dominante / preferente de adquisición de ese conocimiento), silenciando, invisibilizando o ninguneando a otras formas de expresión y transmisión, tanto individuales como colectivas, marginadas o no.

Tal imposición es un ejercicio de poder, una imposición cultural que determina qué voces son escuchadas y cuáles permanecen en un "limbo". Desde esta perspectiva, el desafío radica en desafiar las lógicas inherentes a esos soportes tradicionales (escritura, documento impreso, contenidos académicos, editoriales prestigiosas, discursos oficiales en lenguas dominantes...) y abrir espacios nuevos y críticos para elaborar una reconfiguración epistemológica que abrace formas diversas de transmisión. Formas que trasciendan lo impreso.

Al cuestionar esta hegemonía del libro, surge una pregunta que resulta fundamental: en un mundo donde la palabra escrita ha monopolizado no solo el saber, sino también las formas en las que recordamos, ¿cuántas otras memorias, sensoriales, orales, materiales, hemos olvidado, despreciado o desechado? ¿Qué formas de conocimiento y memoria han quedado y siguen quedando fuera de las bibliotecas y los archivos tradicionales / hegemónicos / estándares simplemente porque no caben en el paradigma del libro o de lo escrito / impreso?

Este cuestionamiento no solo pone en duda la preeminencia del documento escrito, sino que invita también a repensar el concepto de la biblioteca misma.

Imaginemos, entonces, una biblioteca como un espacio, físico o virtual, de encuentro entre una comunidad y sus saberes y recuerdos, en cualquier formato, en cualquier idioma, de cualquier tipo. Un espacio de encuentro dinámico y crítico, capaz de albergar y preservar no solo palabras impresas, sino también voces, sonidos, texturas, objetos tridimensionales, corporalidades y movimientos. Un espacio que revalorice las formas no textuales de conocimiento, aquellas que tradicionalmente han sido relegadas a los márgenes.

De esta manera, se reivindica el valor de lo que se considera "marginal": aquello que ha sido dejado fuera de foco (y de políticas, y de procesos sociales, educativos y académicos) por las narrativas hegemónicas, como una herramienta potente de

construcción de identidad y, en última instancia, de resistencia cultural. Recuperar estos conocimientos y estas memorias "periféricas" —decires, pensares, haceres— no es solo un acto de reconocimiento, sino también de subversión ante un sistema que ha dictado qué debe ser recordado y qué puede ser olvidado.

Este replanteamiento de los soportes del conocimiento tiene profundas implicaciones: no solo nos invita a considerar otras formas de espacios de gestión de saberes y recuerdos (bibliotecas, pero también archivos, museos, centros de documentación, espacios comunitarios, casas de saberes...), sino que también abre un espacio para imaginar futuros alternativos donde la pluralidad de voces y experiencias se mantenga viva en una multiplicidad de formatos y canales. En este sentido, las bibliotecas deben transformarse en nodos dinámicos de conocimiento, capaces de adaptarse a diario a nuevas realidades, de reflejar la diversidad de experiencias epistémicas que habitan en nuestras sociedades, y de usar todo eso para impulsar el cambio social.

## **Parte 1**

### ***La oralidad como inicio de la revuelta***

La oralidad emerge como el primer y más fundamental soporte del conocimiento humano, una tradición que precede a la escritura y que, sin embargo, ha sido históricamente deslegitimada.

Desde los primeros momentos de la humanidad, y hasta la actualidad hiperconectada y digital, la transmisión oral ha sido el vehículo primordial para compartir saberes, narrativas y memorias colectivas. Sin embargo, la palabra no escrita, precisamente por su carácter "efímero" y "mutable" (y, por ende, "subjetivo" y "no confiable"), ha sido vista con desdén por aquellas culturas que valoraron la permanencia del texto impreso por encima de la fluidez de la voz. Este desdén no es neutral, sino el resultado de procesos coloniales y culturales que impusieron la supremacía de la escritura como única forma válida de conocimiento, deslegitimando e incluso anulando las ricas tradiciones orales que fueron relegadas a la fuerza a habitar en los márgenes.

En el contexto del colonialismo, la oralidad fue relegada al espacio de lo arcaico, lo primitivo, como si fuera una forma de comunicación incapaz de competir con el rigor y la estabilidad de la escritura. Este desplazamiento es, en realidad, una forma de violencia epistémica, una imposición socio-política y cultural que niega el valor de las memorias y saberes hablados, y que subordina las tradiciones no escritas al dominio de las culturas colonizadoras. Reconocer este acto de exclusión es fundamental para comprender la

profunda marginalización de la palabra dicha y su impacto en las comunidades que han dependido de la voz para mantener vivas sus historias y conocimientos.

A pesar de la deslegitimación impuesta, innumerables comunidades —inclusive las más urbanas, "desarrolladas" y dominantes— han preservado sus saberes y recuerdos a través de la oralidad, desafiando las estructuras de poder que intentaron silenciarlas. Desde las tradiciones orales de los pueblos indígenas, que transmiten cosmovisiones, genealogías y conocimientos sobre la naturaleza, hasta los movimientos sociales contemporáneos, en los que el discurso hablado se convierte en un arma de resistencia y transformación social, la palabra no escrita sigue siendo un bastión de memoria viva. Estos ejemplos son poderosos recordatorios de que la oralidad no es solo una forma de comunicación, sino también un acto de resistencia frente a la hegemonía del texto escrito y el discurso oficial.

El grito que retumba una plaza de mercado, la confesión susurrada en la esquina de un bar, el cuento narrado en la intimidad de una conversación: todas estas formas son manifestaciones de una memoria que late, que respira, que se rehúsa a ser encapsulada en una página. Son, en sí mismas, formas de conocimiento que se entrelazan con las emociones, los cuerpos y los espacios, y su exclusión sistemática de las instituciones del conocimiento constituye una violencia cultural que debemos confrontar. Cada vez que una biblioteca cierra sus puertas a estas voces, se perpetúa una forma de silenciamiento que impacta no solo en la diversidad cultural, sino en la integridad y diversidad de la memoria colectiva.

Reforzar la legitimidad de la oralidad no significa simplemente crear colecciones de audiolibros o archivos de voces grabadas, aunque esos son pasos importantes. Significa, más bien, que las bibliotecas deben reconfigurarse como espacios donde la palabra hablada, el relato vivo, tenga un lugar tan central como el libro impreso. Estos espacios pueden ser escenarios para la narración, para la discusión oral, para la construcción comunitaria a través del diálogo. En ellos, la memoria oral no solo se conservará, sino que florecerá, demostrando que la voz, en su inmediatez y su fragilidad, es una herramienta indispensable para el conocimiento.

Este rescate de la oralidad como soporte legítimo no es solo un acto de justicia epistémica y equidad cultural, sino una invitación a repensar qué entendemos por conocimiento y memoria. Nos lleva a reconocer que las bibliotecas, en su forma más radical, deben ser espacios donde convivan todas las formas de transmisión del saber,

donde lo escrito y lo oral se entrelacen en un diálogo continuo que enriquezca nuestra comprensión del mundo. Y de nosotros mismos.

## **Parte 2**

### ***El gesto como archivo***

El cuerpo humano es, en su esencia, un soporte vivo de la memoria: un archivo en movimiento que registra y transmite saberes no solo a través de palabras, sino mediante gestos, posturas y acciones. La memoria no se limita a lo escrito; habita también en los músculos, en el cabello, en los reflejos, en la piel. El cuerpo es un testimonio dinámico de las tradiciones, las emociones y las historias que resuenan a lo largo de generaciones. Cada movimiento cotidiano, como levantar una mano o inclinar la cabeza, puede estar impregnado de significado cultural, llevando consigo rastros de la historia colectiva.

A lo largo de la historia, las sociedades han inscrito en el cuerpo una rica variedad de conocimientos, desde rituales y danzas hasta gestos cotidianos que estructuran el comportamiento social. En muchas culturas, el cuerpo es entendido como un vehículo sagrado de saber, una herramienta para conectar el pasado con el presente, y un medio para transmitir valores y normas a través de generaciones. Pero la modernidad occidental, con su énfasis en lo escrito y lo racional, ha desestimado el conocimiento corporal como algo secundario, subordinado a la palabra escrita. Este enfoque ha contribuido a borrar la riqueza de los archivos corporales: aquellos que no se encuentran en libros, pero que perduran en las corporalidades que los ejecutan.

En diversas culturas, el cuerpo ha sido y sigue siendo un recurso fundamental para la preservación y transmisión de conocimientos. Las danzas tradicionales, que en muchas comunidades funcionan como registros culturales, no son solo expresiones artísticas, sino también formas de comunicación que llevan en su interior historias de resistencia, identidad y espiritualidad. En las comunidades indígenas, por ejemplo, los movimientos específicos de una danza pueden narrar una cosmogonía entera, en la que cada gesto o posición encierra una historia de origen, una relación con la tierra, y una manera de entender el universo. Estas danzas se convierten, entonces, en archivos en sí mismos: los pasos y los movimientos coreografiados preservan el conocimiento y la memoria de los antepasados.

Los rituales religiosos también se sustentan en la memoria corporal. Los gestos repetidos, como persignarse, inclinarse o alzar las manos al cielo, están impregnados de siglos de simbolismo y devoción. Son actos que permiten a los practicantes participar en

una tradición que trasciende lo individual, conectando el cuerpo presente con las generaciones pasadas. En las ceremonias religiosas, el cuerpo actúa como mediador entre lo terrenal y lo divino, entre lo humano y lo trascendental, y cada gesto realizado con precisión es un eco de los millones de cuerpos que han hecho el mismo movimiento a lo largo del devenir histórico.

El cuerpo no solo actúa como un archivo pasivo; es también un actor activo en la creación y recreación del conocimiento. Las prácticas de resistencia corporal, como las marchas, los plantones, o los bailes de protesta, son también formas de inscribir en la historia los cuerpos en movimiento. El cuerpo, en estos contextos, se convierte en un manifiesto de la memoria colectiva, un medio para expresar lo que las palabras no alcanzan. Los cuerpos en las calles, moviéndose juntos, son una fuerza de archivo viviente, que registra y transmite los reclamos de justicia, igualdad y dignidad.

El cuerpo y la voz recuerdan lo que los libros no pueden. Esta afirmación no solo denuncia las limitaciones del texto para captar la experiencia humana en su totalidad, sino que destaca el valor único de la memoria oral y corporal. Los documentos escritos, aunque ciertamente poderosos, no pueden abarcar todo lo que un ser humano conoce. Tanto la voz como el cuerpo son archivos flexibles y en constante transformación, capaces de adaptarse a nuevos contextos sin perder por ello su conexión con el pasado. En cada palabra dicha, en cada movimiento, en cada gesto, el cuerpo lleva consigo la historia no solo de una persona, sino de una comunidad o de una cultura.

Si aceptamos que el cuerpo es un repositorio, entonces todos los espacios de gestión de conocimiento y memoria deben abrir sus puertas a este tipo de información. Las bibliotecas no deben limitarse a ser espacios para la preservación de la palabra escrita, sino que deben transformarse en lugares donde lo corporal también tenga su lugar. Espacios en donde no solo se consulten materiales impresos, sino donde se celebren performances, donde las personas puedan aprender a través de la experiencia física y sensorial. Lugares que ofrezcan oportunidades para la danza, la palabra dicha, el canto y el cuento, la recreación de rituales, o la exploración del cuerpo como medio de conocimiento.

Todos ellos, entendidos como documentos válidos.

Esto no significa sustituir lo escrito por lo corporal, sino integrar ambos. En una biblioteca que acoja la memoria del cuerpo, la palabra escrita, la voz y el gesto se encontrarían en una interacción continua, enriqueciendo mutuamente la comprensión

de saberes y recuerdos. Cada libro sería una puerta hacia una interpretación corporal, y cada movimiento sería una lectura viva de lo que no puede ser capturado en palabras.

### **Parte 3**

#### ***Objetos como memoria***

En el vasto paisaje del conocimiento y la memoria, los objetos tridimensionales han desempeñado un papel fundamental como soportes de saberes y experiencias que trascienden lo escrito, lo hablado y lo gestualizado. Desde tiempos inmemoriales, las distintas sociedades humanas han recurrido a materiales como la arcilla, la cerámica, los tejidos, la talla en madera o la cestería para narrar sus historias, para preservar información que no encuentran lugar en soportes como las páginas de los libros. Estos artefactos, a pesar de no contar con palabras, llevan consigo un mensaje claro. Cada pliegue, cada línea, cada textura es un signo, una inscripción que nos habla de las manos que los crearon, de los saberes transmitidos, de los recuerdos que sostienen. Son testimonios materiales que nos permiten acceder a formas de conocimiento profundamente arraigadas en lo tangible, en lo físico, y que han sido largamente ignoradas o deslegitimadas por las formas dominantes del saber.

Las culturas indígenas, por ejemplo, han utilizado desde hace siglos el mundo material como una forma de conservar y transmitir sus historias. Los tejidos en América Latina, elaborados con colores y patrones específicos, no son solo productos estéticos, sino también archivos de identidad, marcadores de historia y linaje, mapas de cosmovisiones. Cada nudo, cada combinación de colores y formas tiene un significado que conecta a las comunidades con su entorno, con sus ancestros, y con el ciclo natural de la vida. Los instrumentos musicales, esculpidos y afinados con gran precisión, son mucho más que herramientas de expresión artística: son artefactos culturales que, a través del sonido, evocan tiempos pasados y nos conectan con historias profundas. Sin embargo, estas formas de conocimiento material han sido sistemáticamente marginadas, relegadas al estatus de "artesanía" o "curiosidad", despojadas de su valor como archivos legítimos de la memoria cultural.

El colonialismo cultural no solo impuso su dominio a través del lenguaje y la palabra escrita, sino también mediante la subyugación de los objetos y artefactos materiales. Lo que no cabía en los moldes textuales occidentales fue etiquetado como "primitivo" o "inferior", negando así la legitimidad del conocimiento que se expresaba a través de la materia. La academia tradicional, con su insistencia en la autoridad del texto, ha dejado de lado estas formas alternativas de conocimiento, imponiendo un silenciamiento de las

memorias contenidas en los objetos. La exclusión de estos artefactos del canon del saber es una forma más de violencia epistémica: una que impide una comprensión más completa y diversa del conocimiento humano.

Resulta urgente revalorizar la materialidad del conocimiento. Los objetos poseen una carga simbólica, emocional y cultural que los convierte en verdaderos archivos alternativos. No es solo el objeto en sí mismo, sino su proceso de creación, su uso, su transformación a lo largo del tiempo, lo que nos ofrece una ventana única hacia el mundo de las memorias materiales.

Los espacios de gestión de saberes y recuerdos tienen la oportunidad de expandir su función y su enfoque tradicional, creando espacios donde lo material también tenga su lugar. Incorporar colecciones de artefactos tridimensionales, desde textiles hasta cerámica, podría abrir nuevas vías para acceder a saberes eternamente dejados de lado. Las bibliotecas podrían convertirse en centros donde la historia no solo se lea, sino que también se toque, se vea, se escuche y se sienta. La materialidad ofrece una conexión directa con las manos que trabajaron esos objetos y con las técnicas ancestrales que se han transmitido a lo largo de generaciones.

Además, los objetos tienen el poder de hablar por sí mismos, sin necesidad de mediación textual. Son "libros que se pueden tocar" (si se adopta por un momento la colonial comparación de todo elemento informativo con el libro). El barro que se convierte en cerámica lleva en sí la historia de su origen, de las personas que lo manipularon, y de los fuegos que lo endurecieron. Un tejido, por más desgastado que esté, sigue contando las historias de sus creadores siglos después de que estos hayan desaparecido, narrando las conexiones entre las personas y el entorno en el que vivieron. Estos elementos, si bien susceptibles de cambios y reinterpretaciones, no son por ello menos poderosos en su capacidad de transmitir conocimiento.

Las bibliotecas, al integrar estos objetos en sus colecciones, pueden desafiar las jerarquías tradicionales del saber y abrir el camino hacia una comprensión más inclusiva y holística de lo que significa preservar y transmitir conocimiento y memoria. En lugar de ver los artefactos como meros complementos de los libros, podrían reconocerlos como archivos completos en sí mismos, con su propia lógica y capacidad para contar historias y transmitir ideas y discursos.

Desde semejante perspectiva, la información no solo reside en la palabra escrita o hablada, sino también en la materia. La memoria se expande más allá del texto y la voz



para incluir también lo tangible, lo que se puede sostener entre las manos, lo que se inscribe en el tiempo a través de las formas y los materiales. Y en esta expansión, se estaría reconociendo que el mundo material también tiene voz, y que esa voz, aunque silenciada durante mucho tiempo, merece ser escuchada.

#### **Parte 4**

##### ***Gráficos y tejidos: Relatos insurgentes***

En el universo plural y enorme de las expresiones culturales, el grafiti y el tejido, aunque a primera vista parezcan manifestaciones muy dispares, comparten una naturaleza profundamente subversiva. Ambos son soportes que, a su manera, desafían las estructuras de poder hegemónicas y se erigen como vehículos de resistencia cultural. El grafiti, por un lado, es el arte de la calle: una forma insurgente de conocimiento que no pide permiso para existir. Es el resultado de una acción directa sobre el entorno, transformando los espacios públicos en lienzos que cuentan historias, protestan, reivindicación y recuerdan. Su carácter efímero (pueden ser borrados o cubiertos en cualquier momento) los convierte en archivos vivos que constantemente se renuevan, reflejando el pulso de las tensiones y las luchas sociales.

El grafiti es inmediato, disruptivo y cargado de significado. Cada trazo, cada palabra, cada imagen que se estampa en una pared pública se convierte en una declaración de presencia y de intenciones, y en una demanda de ser escuchado. Es una forma de conocimiento que desafía las nociones tradicionales de autoría, legitimidad y permanencia. Mientras que los libros permanecen dentro de los márgenes de lo aceptado, el grafiti surge en los márgenes físicos y simbólicos de la sociedad, reclamando espacios que, en teoría, no le pertenecen. En su rechazo a las convenciones, el grafiti se posiciona como un archivo / discurso colectivo que transforma lo urbano en un lienzo donde los recuerdos y el saber son compartidos de manera abierta y libre, sin mediaciones institucionales.

A lo largo de la historia reciente, el grafiti ha sido usado como herramienta de resistencia política en contextos tan diversos como los muros de Berlín, las paredes de los barrios en ciudades latinoamericanas o los paisajes urbanos de las metrópolis occidentales. No se trata solo de una forma de arte, sino de un acto de reivindicación, un gesto de insurgencia frente a la invisibilización de voces y memorias marginadas. El grafiti muestra que el saber no siempre necesita estructuras formales para ser transmitido; a veces, basta con un muro y un spray para que la memoria se inscriba en el espacio colectivo. Este arte gráfico, lejos de ser simplemente una expresión rebelde, se convierte

en una herramienta pedagógica, un soporte que las bibliotecas y archivos podrían considerar no solo como objetos de documentación, sino como manifestaciones vivas y dinámicas de la memoria cultural.

Si el grafiti es el grito, el tejido es el susurro silencioso, pero no menos potente. A lo largo de los siglos, el tejido ha sido una forma de registrar historias y saberes de manera sutil, en los entrelazados de hilos y patrones que, aunque no se expresan con palabras, comunican conocimientos profundos. Las culturas ancestrales han encontrado en el tejido un espacio para la memoria: un soporte en el que cada color, cada figura y cada textura tiene un significado. Es una forma de narración que desborda lo escrito, conectando a las personas con su historia, sus creencias y su entorno.

El tejido es, además, un acto manual, una actividad íntimamente ligada al cuerpo y al tiempo. Cada puntada es una repetición, un gesto aprendido y transmitido de generación en generación, y en ese proceso, la memoria se inscribe en la materialidad del objeto. Sin embargo, el trabajo del tejido ha sido históricamente feminizado y desvalorizado, relegado a la esfera de lo doméstico y lo artesanal, alejándolo de las nociones "legítimas" del conocimiento. Las sociedades patriarcales y coloniales han relegado el tejido a un segundo plano, subestimando su capacidad como soporte de saberes y su riqueza como archivo de lo cotidiano.

Sin embargo, el tejido es, de muchas maneras, el archivo de lo diario: un relato material que desafía las nociones hegemónicas de lo que se considera conocimiento. Es una forma de narrar que desafía las nociones patriarcales y coloniales del saber. Cada manta, cada vestido, cada tapiz es un recuerdo inscrito en la textura de la trama, una historia que se despliega con cada nudo. En muchas comunidades el tejido es un marcador de identidad: una forma de expresar pertenencia y resistencia, de reclamar la continuidad de las historias tradicionales en un mundo que, muchas veces, los ha intentado borrar.

Los textiles han sido, además, herramientas políticas y de resistencia en múltiples contextos. Desde los trabajos que preservan la historia de los pueblos originarios en América Latina hasta las mantas de protesta en movimientos feministas y anticoloniales, el tejido ha sido una forma de decir lo que no siempre puede ser expresado con palabras. Es un soporte silencioso, pero implacable, que indefectiblemente registra los quehaceres, pensares y luchas de quienes lo elaboran.

Tanto el grafiti como el tejido ofrecen narrativas que han sido tradicionalmente marginalizadas, pero que poseen un valor inmenso como fuentes de conocimiento

cultural y político. Las bibliotecas podrían acoger colecciones de tejidos, no como curiosidades antropológicas o etnográficas, sino como documentos legítimos que cuentan historias reales. Cada uno es un testimonio de resistencia, de identidad y de memoria insurgente.

Los grafitis podrían ser documentados como parte de un archivo visual de luchas sociales, reconociendo su capacidad para encapsular momentos de agitación y cambio. Las paredes hablan, y las bibliotecas tienen la posibilidad de transformar sus prácticas al acoger estos soportes visuales. Soportes no solo expanden el horizonte de lo que se considera "información", sino que también ofrecen a las comunidades la oportunidad de verse reflejadas en las colecciones, de recuperar su historia y de sentir que sus saberes y recuerdos son validados y respetados.

Incorporar el grafiti y el tejido en las bibliotecas y archivos es una forma de dismantelar las jerarquías del conocimiento y de abrir espacio a las memorias rebeldes que se expresan más allá de las palabras impresas. Es reconocer que los hilos y los trazos en las paredes también son formas de contar, de resistir y de recordar. Pues son soportes legítimos y necesarios en la construcción de una memoria colectiva diversa, inclusiva y verdaderamente representativa.

## **Conclusión**

### ***Redefinir la biblioteca: De la palabra a los hechos***

Este texto ha buscado desafiar las concepciones tradicionales de la biblioteca (y otros espacios equivalentes) como un mero depósito de textos impresos. Resulta urgente reimaginar el concepto de biblioteca, no como un lugar estático de almacenaje, sino como un espacio vibrante de experimentación sensorial, cultural y política.

Es preciso pensar bibliotecas que trasciendan las fronteras de los estantes llenos de documentos impresos. Imaginar entornos en los cuales el conocimiento no se limite al texto escrito, sino que se manifieste en una variedad de formas sensoriales y experienciales. Es necesario pensar espacios en los que los elementos de conocimiento se entrelacen de maneras innovadoras y enriquecedoras. Los muros pueden estar adornados con grafitis que narren historias colectivas, las salas pueden resonar con relatos orales y músicas vivas, y los espacios pueden estar llenos de objetos tridimensionales que cuenten sus propias historias a través de su materialidad y su diseño.

Este entorno no solo desafía las jerarquías establecidas del conocimiento, sino que también abre nuevas posibilidades para la interacción y la comprensión. En lugar de simplemente consumir información, los usuarios pueden experimentar (e incluso crear) el conocimiento de manera activa y multisensorial en un auténtico laboratorio cultural: un espacio de creatividad y de resistencia, donde cada forma de memoria tiene un lugar destacado y no subordinado.

El objetivo debería ser transformar las bibliotecas en lugares que no solo resguarden el conocimiento, sino que también lo vivan y lo experimenten en toda su riqueza y diversidad. Tal nuevo paradigma debería promover la integración de todas las formas de expresión y memoria (esas tildadas de "alternativas" u "otras"), creando un entorno en el que cada tipo de conocimiento sea reconocido y valorado. La biblioteca del futuro se convertiría en un punto de encuentro e intercambio en donde se celebre la pluralidad y se fomente la conexión entre diferentes formas de saber y recordar.

## **Posdata**

### ***Decolonizando***

El proceso de descolonización de la memoria es un desafío fundamental que requiere una acción consciente y decidida. No se trata de un simple discurso teórico: debería ser una práctica activa y transformadora que comience por cuestionar y redefinir qué entendemos por conocimiento, quién tiene el poder de producirlo y cómo se conserva y transmite. Debería ser un llamado a transformar las bibliotecas en centros de resistencia cultural y política, donde la palabra escrita comparta el escenario con el gesto, el grito, el arte y la materia.

Para lograr esta transformación, es crucial que las bibliotecas adopten un enfoque inclusivo y equitativo hacia las diferentes formas de saber: la llamada "justicia epistémica". Esto implica reconocer y valorar las formas de memoria que han sido históricamente marginalizadas o ignoradas por las estructuras hegemónicas en el poder. Las bibliotecas deben convertirse en espacios de acogida y de celebración de la diversidad cultural y epistemológica, donde cada forma de expresión, desde los relatos orales hasta los artefactos materiales, tenga un lugar para ser preservada y apreciada.

El desmantelamiento de las jerarquías del conocimiento implica un cambio de paradigma en la forma en que se conciben y gestionan saberes y recuerdos. En este contexto, la descolonización requiere obligatoriamente de una reevaluación de las

prácticas archivísticas y bibliográficas, para asegurar que estas sean inclusivas y representativas de la pluralidad de voces y experiencias.

Al atravesar este proceso, no solo se ampliaría la comprensión del mundo y de sus habitantes, sino que también se fortalecerían los distintos tejidos sociales y culturales. Las bibliotecas, en esa nueva configuración, podrían ser faros de inclusión y pluralidad en donde la información se conserva, pero también se vive y se experimenta de manera dinámica y significativa. Este enfoque no solo enriquecería a las propias instituciones culturales, sino que también contribuiría a la construcción de una sociedad más equitativa y justa.

Las bibliotecas deberían convertirse en lugares en donde el conocimiento se manifieste en toda su complejidad y diversidad. Ese es el desafío y la oportunidad: un llamado a actuar con valentía y creatividad para construir un futuro en el que cada forma de saber tenga su lugar en el gran tapiz del conocimiento humano.